

Capítulo cinco

EL DEBATE POLÍTICO EN LA HISTORIA DE LA TELEVISIÓN

Con el objetivo de completar este pequeño estudio acerca de los debates más interesantes registrados en la historia política de Guatemala, he decidido incluir una pequeña relación de otros debates que también se han suscitado tanto en nuestro país como en otras latitudes, con el objeto de que de ellos podamos extraer lecciones importantes y así formen parte, igualmente, del análisis de este fenómeno político.

De todos los debates suscitados he escogido solo aquellos que presentan algún aspecto que valga la pena resaltar, sea porque en ellos se innovó o porque se registró un episodio que ha llegado a ser parte del acervo político universal. De hecho no se entra a la consideración de los temas debatidos, como sí lo hicimos en los capítulos anteriores, sino solamente en este o aquel detalle sobre el que precise llamarse la atención. De todos ellos, con excepción del ocurrido en Guatemala, existe material filmico completo y pueden ser consultados libremente en las redes.

PRIMER DEBATE TELEVISADO
EN GUATEMALA:
ELECCIONES PARA ALCALDE
METROPOLITANO, 1970

Guatemala celebraba elecciones generales en el año 1970. La televisión nacional aún estaba en sus primeros pasos. Hubo tres candidatos a la presidencia de la República, pero 13 a la alcaldía metropolitana.

Las elecciones se llevarían a cabo en el mes de marzo. En los primeros días de febrero, uno de los postulados a la alcaldía, Manuel Colom Argueta, lanzó el reto a los demás candidatos para debatir ante la televisión nacional los problemas que aquejaban a la urbe metropolitana.

De todos los candidatos quien reaccionó primero fue Atilio Bonilla Isaacs, quien aceptó públicamente el reto y puso ciertos términos para el encuentro: que fuera con todos los candidatos, sin asesores presentes, que hubiera seis moderadores (el rector de la USAC, el presidente de la APG, el presidente de la sociedad de Geografía e Historia, el presidente de la Cámara de Comercio, el presidente del Banco de Guatemala y un representante sindical) y que se llevara a cabo en Canal 7.

La reacción no se hizo esperar. El Canal 7 aceptó coordinar el debate pero propuso que hubiera un solo moderador, su gerente general, el periodista Jaime Archila Marroquín. Todos los

candidatos, excepto tres (Ernesto Ponce Saravía, Armando Moreno Morales y Julio Castillo Sini-baldi) aceptaron el reto.

Los temas iniciales planteados fueron el problema del agua, la planificación y la urbanización de la ciudad así como limitaciones financieras y económicas de la alcaldía. El lugar: los estudios de televisión de la emisora, ubicados en la zona 9, cerca de la Torre del Reformador. Una última condición propuesta por los candidatos: se debería permitir la presencia de sus correligionarios.

Nada podía haber anticipado lo que estaba por ocurrir. La transmisión dio inicio a las 21:30 horas. El estudio no era ideal para este tipo de eventos. Con grandes reflectores y un techo relativamente bajo, el calor en el plató era insoportable. Diez candidatos y un moderador hacían también inmanejable los tiempos y el manejo de cámaras. De hecho, el operador de planta del Canal no llegó ese día y obligó al moderador/gerente a tener que dirigir la escena desde la misma sala de debates. Otro problema adicional era la muchedumbre agolpada dentro y fuera del canal, que hacía el clima particularmente tenso.

Del debate se recuerda poco. Demasiados candidatos dejaban muy poco tiempo para cada respuesta. Algo se habló de la reforma administrativa, la reestructuración catastral, mapeos cartográficos, planes de desarrollo municipal, tarifas preferenciales para los servicios municipales en

áreas marginales, mejor coordinación ejecutivo-gobierno municipal y hasta la creación de huertas municipales para generar empleo. Pero, para infortunio del evento y de la historia política del país, el debate pasaría a la posteridad recordado más por un tema pugilístico que por la sana discusión de las ideas.

Durante la campaña electoral habían surgido roces entre Manuel Colom Argueta, candidato puntero en las encuestas, y Ramiro McDonald Blanco, periodista combativo y fogoso. Acusaciones de utilización de los medios y los programas para favorecer a uno y otro, actitudes de menosprecio entre los aspirantes a la vara edilicia y otros más fueron calentando el debate. Finalmente Colom Argueta señaló a McDonald de difundir que la esposa de Colom Argueta se negaba a visitar los barrios marginales, cosa que no había podido todavía recriminárselo personalmente. Ese fue el resorte que se reventó. Sin mediar palabra, McDonald saltó de su asiento y frente a las cámaras de televisión en vivo, retó a golpes a Colom Argueta diciendo “aquí me tiene usted como hombre”. Colom Argueta replicó desde su asiento: “Te buscaré cuando no sea frente a las cámaras de televisión”.

Aquel poco edificante intercambio estuvo a segundos de derivar en una trifulca entre candidatos, seguidores y hasta personal del canal. Archila logró controlar la situación y retomar,

aunque por pocos minutos más, la conversación. McDonald tuvo que salir del estudio, llevado por sus seguidores hasta el jardín de la casa del Canal, donde la ira y la adrenalina lo hicieron terminar vomitando. Para rematar el espectáculo, antes de la conclusión del debate, la candidata Hortensia Armas de Méndez abandonó el plató en plena transmisión, alegando no ser escuchada.

Así terminó este evento, primero en su género, pero que dejaría un sin sabor que fue motivo de comentarios por muchos años.

PRIMER DEBATE TELEVISADO
ENTRE CANDIDATOS
A LA PRESIDENCIA DE
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA:
NIXON VS. KENNEDY, 1960

Las elecciones presidenciales de 1960 enfrentaban a dos personajes con características similares. Ambos jóvenes, con carrera exitosa en el Congreso de Estados Unidos, muy elocuentes. Pero cuando decidieron ir a un debate en televisión pronto las diferencias se harían notar.

En un estudio con fondo claro, ambos candidatos ocupaban sendas sillas a pocos metros entre sí. Nixon, poco estudiado de las cuestiones de la comunicación en televisión, se presentó con igual vestido claro, lo que desentonaba con la toma

general; afeitado muy temprano en la mañana y sin utilizar ningún tipo de maquillaje, ya para las horas de la tarde en que se grabó el debate, comparecía con una sombra de barba en el rostro, que le hacía lucir descuidado. Para terminar de rematar la mala imagen, su postura en el asiento, casi en una actitud defensiva, y un rostro desencajado por el dolor que le ocasionaba un golpe que había tenido en la pierna el día anterior, daban una sensación de total incomodidad. Esto los espectadores lo procesaron de inmediato.

Por su parte Kennedy, en traje oscuro, con una actitud de dominio de escena y comodidad con lo que ocurría, recién afeitado, sonriente y relajado, controló la atención desde el primer minuto. Quizá no había sido estudiada su comparecencia en esta forma, pero lo cierto es que es el resultado final fue abrumador. Kennedy gustó.

El objeto de comentar este debate no es entrar en las consideraciones argumentales sino recordar la importancia de la imagen. Una mala comparecencia destruye o arriesga la efectividad del mensaje. De hecho, aquellos que escucharon el debate por radio, dieron por ganador a Nixon, a quien encontraron más articulado y con mejores argumentos. Aquellos que lo vieron por televisión le concedieron el triunfo a Kennedy. No queda, entonces, ninguna duda del poder que evoca la buena presentación.

PRIMER DEBATE TELEVISADO
ENTRE CANDIDATOS A LA
PRESIDENCIA DE FRANCIA:
GISCARD D'ESTAING VS.
MITTERRAND, 1974

Las elecciones de 1974 presentaron a Francia un dilema muy interesante. La muerte reciente de Georges Pompidou, el presidente, y la salida de la escena del líder histórico Charles de Gaulle, dejaba por primera vez en la contienda electoral a dos candidatos alejados del poder.

Inspirados por el debate presidencial de 1960 en Estados Unidos, pero influidos quizá más por la tradición de discusión de los cafés parisinos, donde la intelectualidad francesa estaba acostumbrada a discutir los distintos tópicos de actualidad, fueran estos culturales, económicos, sociales, políticos o religiosos, se anunció la celebración de un debate presidencial entre los dos principales candidatos. Por un lado el socialista François Mitterrand y por el otro el conservador Valéry Giscard d'Estaing.

Sin experiencia previa en debates, las reglas fueron poco pactadas. Quizá lo más notorio de este encuentro fue su duración de más de dos horas, la poca intervención de los moderadores, quienes se dedicaban únicamente a sugerir los temas y el respeto en el flujo de la conversación entre ambos, por más caliente que estuviera la

discusión. Este formato se continúa usando en Francia.

Del contenido del debate se puede hablar mucho pero lo más notorio, y por lo que se recuerda, es la utilización efectiva y dramática de una frase colocada en el momento correcto. Sobre esto es precisa una contextualización. Mitterrand, candidato socialista, tenía un discurso muy cercano a las necesidades de las clases obreras y de las familias de escasos recursos. De hecho su estrategia era capturar este voto, arrinconando a Giscard como el candidato de los más favorecidos e insensible a las necesidades de las mayorías.

Durante la primera parte del debate Mitterrand machacó una y otra vez su estrategia. En un momento de cierto agotamiento del tema y luego de que Mitterrand sonara ciertamente repetitivo, Giscard, con rostro grave y voz pausada dice al socialista: “Monsieur Mitterrand, vous n’avez pas le monopole du coeur” (“Usted, señor Mitterrand, no tiene el monopolio del corazón”). Con esta simple frase, que la repite al menos tres veces, en forma pausada y en un tono muy creíble, Giscard da la vuelta a la cuestión. De un solo golpe el candidato conservador se ha transformado en un hombre compasivo, sensible, muy hombre de a pie –como quien le ve y le escucha través de la televisión– haciendo ver a su rival como un hombre pretencioso, de mero discurso. De pronto, ha puesto de su lado a todos los que, sintiendo iguales

necesidades, no son necesariamente socialistas militantes. Con ello ha quebrado ya la polaridad que pretendía Mitterrand.

Si esta frase fue motivo de estudio previo o fue una genial improvisación de Giscard, no lo sabemos. Pero el *timing*, el modo, y la circunstancia le permitieron ganar la partida.

DEBATE ENTRE CANDIDATOS
A LA PRESIDENCIA DE
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA:
REAGAN VS. MONDALE, 1984

Reagan llegaba ya casi a sus 70 años cuando ganó la candidatura presidencial del Partido Republicano en 1980. La desastrosa administración de Jimmy Carter le favoreció en ese momento. Cuatro años después, luego de exitosos años de administración, se buscaba que el *Grand Old Party* (Partido Republicano) preservara el poder, durante la contienda de 1984. Pero estaba de por medio la cuestión de la edad.

El partido rival postulaba a Walter Mondale, vicepresidente de Carter quien, con vasta experiencia en labores legislativas, tenía sus propios recursos oratorios y una cierta presencia mediática.

Por su parte, Reagan era un veterano de estas batallas. Había intentado la nominación republicana durante las elecciones primarias de 1976 sin éxito,

pero sus fuertes convicciones y su capacidad de comunicar le devolvieron la energía a su plataforma y ganó sin mayor esfuerzo en las primeras republicanas de 1980. Poco después abatió a Carter en las elecciones generales.

En 1984 la campaña nacional fue intensa. Se planificó un debate entre candidatos presidenciales y ambos aceptaron ir a la contienda. El tema de la edad sería sin duda alguna una cuestión a discutir, como efectivamente lo fue. El periodista Henry Truitt, miembro del panel de moderadores lanzó su pregunta, en el sentido de cuestionar la habilidad de un hombre de 73 años para estar al frente de la nación más poderosa del mundo. Reagan, haciendo uso de los recursos oratorios más convencionales tenía preparada la respuesta.

De una manera que pareció muy casual, y situando la vista brevemente en el podio para consultar la ficha en la que seguramente tenía preparada la respuesta, Reagan contestó apelando a que es preferible la experiencia que proporciona la edad, y que no haría de la juventud e inexperiencia de su oponente un tema de campaña. Con un solo doblez convirtió una debilidad en una fortaleza, para disfrute de moderadores, del público presente, de quienes seguían las incidencias del debate por televisión y hasta del propio Mondale, quien tuvo que conceder el triunfo, con una sonrisa cómplice, a la astucia de su rival.

Este episodio, que marcó la campaña y desterró para siempre el debate de la edad, nos recuerda la importancia de situar previamente la debilidad en la propia posición, estudiar el contraargumento efectivo utilizando ejemplos o figuras del lenguaje y golpear en el momento preciso, dando una impresión de control del tema bajo examen.

PRIMERA SERIE DE DEBATES
ENTRE CANDIDATOS A LA
PRESIDENCIA DEL
GOBIERNO ESPAÑOL:
FELIPE GONZÁLEZ VS.
JOSÉ MARÍA AZNAR, 1994

En España existe una tradición de debate político que data incluso de la tercera República (1931-1939). Sin embargo en la nueva era independiente, por alguna razón ese debate se fue encerrando cada vez más en la mera discusión parlamentaria.

No obstante, para 1994 España estaba lista para retomar la discusión frente a las pantallas de televisión. Dos escuelas se encontrarían durante una serie de debates, acordados por la prensa española. La primera escuela, la del militante tradicional del socialismo español, encarnada por el político profesional, Felipe González, era una de discurso emotivo, con lenguaje próximo al ciudadano común, muy dada a recurrir a ciertos

estereotipos. La otra escuela, que estrenaba portavoz en José María Aznar, político de reciente surgimiento, estaba más proclive a renovar el temario político del país, a ser más calculador y eficiente en los debates y hacer más uso de los números en la discusión.

Los dos debates son verdaderas escuelas para el estudiante de retórica. El primero, en el que González confió en sus propias habilidades discursivas para salir avante, bien pronto se topó con un hombre entrenado para manejar argumentos y cifras que, a la vuelta de los primeros 30 minutos, hizo ver al presidente del gobierno español como un hombre desentendido de los asuntos públicos. Los estudiados ataques de Aznar hicieron mella una y otra vez en el gobernante, al grado que los propios asesores socialistas concedieron el triunfo al oponente al cierre del encuentro. Este fue un típico caso de preparación del debate de antemano contra quien se cree poseedor de virtudes que no es necesario practicarlas.

Pero el duelo no quedó allí. La revancha se registró pocos días después. Esta vez González decidió prepararse. Primeramente el equipo de asesores socialistas decidió empeñarse en controlar hasta la forma de las tomas y los colores del set. Luego, sabiendo que el rival había quemado ya todos sus cohetes en el debate anterior, se preparó concienzudamente para refutarlos uno por uno, pero también estudió en qué temas podía hacer

sentir incómodo a su rival. De esa forma no solo contestó a los señalamientos sino que obligó a Aznar a tener que repetirse una y otra vez, como si se hubiese quedado sin argumentos. Los dos o tres trucos que González llevaba, los presentó en el momento adecuado, pillando por sorpresa a su rival. Este *round* le fue concedido a González.

El impulso del primer debate no pudo ser contrarrestado por el efecto del segundo. Aznar ganó la elección pero comenzaba a peligrar su posición en las encuestas luego del segundo encuentro. Ello llevó a afirmar a González, no sin cierta vanidad, que “hizo falta una semana o un debate más”. Lo cierto es que esta serie, que está muy bien documentada por la televisión española, es un testimonio de la preparación de argumentos, del papel que juegan los asesores en el diseño general del debate y la utilización de uno o dos *jabs*, para ser asestados en el momento correcto.